

LAS REPRESENTACIONES DE LA FILATELIA FRANQUISTA

PHILATELY REPRESENTATIONS DURING FRANCO'S REGIME

Luis Benito García Álvarez
Universidad de Oviedo / Fundación de la Sidra

Entregado el 11-2-2010 y aceptado el 27-3-2010

Resumen: La organización de la propaganda supone un aspecto esencial en los regímenes totalitarios, y dentro de ella el sello, debido a su difusión masiva, jugará un destacado papel como transmisor de su potencia y principales realizaciones. Constituyendo los códigos visuales un modo de expresión cultural y comunicación a la altura del lenguaje, y aunque a menudo pase inadvertida, la imagen se erige como un poderoso medio de legitimación política. El sello posee una ingente capacidad de reproducción, y la repetición del estímulo constituye una de las condiciones esenciales del impacto del mensaje en la memoria del espectador.

El régimen franquista realizó, como es sabido, una intensa propaganda a través de los medios de comunicación, dentro de su estrategia de control social y represión. Por ejemplo, la imagen del dictador, desde esta perspectiva, sería tratada de forma triunfalista, y asumiendo la representación de una personalidad idealizada. Sin embargo, la imagen de Franco en la filatelia iría mutando al compás de los avatares del régimen, variando sensiblemente según la coyuntura interna o externa le fuera favorable o adversa y adaptando su contenido iconográfico a las cambiantes necesidades de su supervivencia. El sello fue así un reflejo de las vicisitudes del régimen, pero contribuyó también, sin duda, a la «construcción simbólica de la autoridad» y a su «fabricación»¹.

Palabras clave: representaciones, propaganda, franquismo, filatelia, España.

¹ Sobre estos conceptos, véase P. Burke, *La fabricación de Luis XIV*, Nerea, San Sebastián, 1995.

Abstract: The organisation of propaganda plays one essential role in totalitarian regimes, and in this dimension the postage stamps have an important role as a transmitter of his potency. Visual codes constitute a cultural expression pattern like a language, and image is a powerful medium for policy legitimation. The postage stamps have a very large capacity of reproduction, and the repetition of stimulus suppose a necessary condition for the efficiency of message.

Franco's regime made an intensive propaganda inside a social control strategy. Dictator's image, for example, had a triumphant treatment, and his personality was idealized. However his representation changed in a sensible mode during dictatorship.

Keywords: representations, propaganda, Franco's regime, philately, Spain.

1. La propaganda totalitaria

Se puede hablar de propaganda² cuando se constata la transmisión de un mensaje entre un organismo, ya sea el Estado, un partido político, etc., y un colectivo amplio de la población; siempre que este mensaje tenga por fin la implantación de una ideología conveniente a los intereses del emisor.³ En el siglo XX, ésta será utilizada como un instrumento básico para dotar de estabilidad a los regímenes políticos —o a los sistemas económicos—, a través del intento de «domesticación» de los ciudadanos.⁴

Paralelamente al nacimiento y desarrollo de los nuevos medios de información, los fines publicitarios irían asentándose firmemente en los procesos comunicativos; lo que se confirmaría plenamente durante la Primera Guerra Mundial cuando los gobiernos de los países contendientes recurran a diversas estrategias informativas con el objetivo de intentar manipular a la opinión pública de sus naciones y tornarla coincidente con sus propios intereses. Los ciudadanos occidentales, de este modo, salieron del conflicto convencidos de que sus opiniones y sentimientos habían sido «manufacturados», siendo conscientes de que las estrategias propagandísticas habían adquirido un significado protagonismo en el desenlace final del conflicto.⁵

Una de las características esenciales de esta nueva propaganda sería su planificación científica, que se nutrió de los trabajos que se estaban realizando en unas cada vez más consolidadas ciencias sociales, para intentar llevar a buen puerto sus propósitos de control social. Estas tentativas se plasmarán, sobre todo, en una óptima planificación de la campaña, en la que, a través de la constante repetición del mensaje, se pretendía grabar en la memoria del receptor unos determinados objetivos. El correcto desciframiento del mensaje, en todo caso, depende de la elección de las unidades significantes, de su representación y de su inteligibilidad⁶.

² Sobre el desarrollo del término propaganda, véase John C. Merrill, John Lee y Edward Jay Friedlander, *Medios de comunicación social. Teoría y práctica en Estados Unidos y en el mundo*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1992, pp. 75-77.

³ François Enel, *El cartel. Lenguaje, funciones, retórica*, Fernando Torres, Valencia, 1977, p. 141.

⁴ Enric Bordería Ortiz, Antonio Laguna Platero y Francesc Martínez Gallego, *Historia de la comunicación social. Voces, registros y conciencias*, Síntesis, Madrid, 1998, p. 352.

⁵ Jesús Timoteo Álvarez, *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. El nuevo orden informativo*, Ariel, Barcelona, 1987, pp. 89-90.

⁶ François Enel, «El cartel...», *op. cit.*, pp. 147-148.

Estas campañas, canalizadas a través de los medios de masas, serán claves en cuanto al objetivo de modificación de las conductas y en el pulido de las aristas más problemáticas de una conducta social de la población que, una vez que hipotéticamente fuese conquistada desde el poder, debería ser mantenida en esta situación.⁷ De todos modos, los medios de masas no son los únicos canales para transmitir la propaganda, ya que ésta se encuentra en casi todas las esferas de la vida pública, en la educación, en el protocolo de los actos públicos o, cómo no, en los sellos. La eficacia de la propaganda, por otra parte, no reside tanto en la exposición racional de los contenidos como en la capacidad de sugerir ideas y sentimientos a los que el receptor se adhiera, recurriendo en muchos casos a las técnicas publicitarias⁸ y siendo los mensajes casi siempre parciales, con un contenido seleccionado de acuerdo a su hipotética eficacia en relación a los objetivos propuestos.⁹

En los regímenes totalitarios las políticas informativas se convertirían en un recurso imprescindible y el fanatismo, el partidismo y el ansia imperialista las catapultarían hasta transformarse en la función pública por excelencia, ya que eran un medio para obtener el poder y mantenerlo. Como señala Jesús Timoteo Álvarez: «La propaganda totalitaria significa control del pensamiento, a través de la orientación y censura de los medios de comunicación, sometidos a la línea del partido único, a través de la creación de un lenguaje ideológico propio capaz de conseguir una imagen atractiva y agresiva[...]»¹⁰. Cabe destacar además que, en las dictaduras de entreguerras, la confianza en la ingeniería simbólica era tan evidente que abrió paso a una potenciación de los estudios sobre la formación de la opinión y la comunicación afectiva, dando tempranos frutos en la planificación política de la propaganda totalitaria¹¹. Destaca por su perfección, en este sentido, la llevada a cabo por la Alemania nazi; y particularmente, dentro de este programa, la figura de

⁷ Enric Bordería Ortiz, Antonio Laguna Platero y Francesc Martínez Gallego, «Historia de la comunicación...», *op. cit.*, pp. 349-352.

⁸ Françoise Enel, «El cartel...», *op. cit.*, pp. 143-145.

⁹ John C. Merrill, John Lee y Edward Jay Friedlander, «Modelos de comunicación...», *op. cit.*, p. 77.

¹⁰ Jesús Timoteo Álvarez, «Historia y modelos de comunicación...», *op. cit.*, pp. 191-193.

¹¹ Jean-Luis Palos, «El encuentro de los historiadores con las imágenes», en Carlos Barros (ed.), *Historia a debate*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1995, 3 vols., p. 206.

Goebbels¹², que fue uno de los dirigentes que primero advirtió la importancia que esta forma de persuasión podía adquirir en la vida política. En cualquier caso, estas técnicas de control social fueron empleada también por los regímenes comunistas y, aunque de modo diferente, por las democracias occidentales.

Al igual que en los demás regímenes totalitarios europeos de su tiempo, los medios de comunicación franquistas iniciaron, desde el comienzo de la guerra, una intensa campaña propagandística con vistas a hacer efectivo el control sobre la población. Rápidamente la dictadura se apresuró a ejercer un control efectivo de toda la información. Como Estado totalitario, el franquista concebía la información como un servicio al régimen, controlando la esfera política e inmiscuyéndose incluso en la vida privada de los ciudadanos¹³.

Al Caudillo, «padre de la patria», se le atribuía, por otra parte, el estar en posesión de la verdad absoluta. Como señala Alberto Reig Tapia: «desde los primeros momentos de 1936 hasta el fin de sus días en 1975 en torno a la figura de Franco se montó una impresionante campaña propagandística que no eludió los más desmedidos dítirambos», fuera de toda realidad¹⁴. Se trataba de justificar por medios irracionales una sociedad que no era justificable racionalmente, a través de las tácticas afectivas e irracionales características de la propaganda y lenguaje fascista.¹⁵

¹² Sobre la figura de Goebbels: Leonard W. Doob, «Goebbels y sus principios propagandísticos», en Miquel de Moragas Spa, *Sociología de la comunicación de masas*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982, pp. 472-495.

¹³ Sobre la propaganda en el primer franquismo véase Francisco Sevillano Calero, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 1998. Víctor Olmos, *Historia de la agencia EFE. El mundo en español*, Espasa, Madrid, 1997, pp. 37-47. Francisco Moreno Sáez, «Educación y cultura en el franquismo», en Roque Moreno Fonerat y Francisco Sevillano Calero (eds.), *El franquismo. Visiones y balances*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 1999, pp. 222-224.

¹⁴ Alberto Reig Tapia, *Franco «Caudillo». Mito y realidad*, Tecnos, Madrid, 1995, pp. 146-147.

¹⁵ Lutz Winckler, *La función social del lenguaje fascista*, Ariel, Barcelona, 1979, p. 22.

2. La filatelia como documento histórico

El único testimonio directo de los hechos que poseíamos los nacidos por aquel entonces consistía en los cambios que se producían en las imágenes de los sellos de correos. El coleccionismo de sellos durante los años veinte, aunque no ofreciera una explicación clara de los acontecimientos, pasó a ser una buena propedéutica a la historia política de Europa a partir de 1914. Para un niño británico expatriado, la filatelia teatralizaba el contraste existente entre la continuidad sin cambios de la efigie de Jorge V en los sellos británicos y el caos de las sobreimpresiones, los nuevos nombres y las nuevas divisas en el resto del mundo.¹⁶

Como se colige de estas palabras de Eric Hobsbawm, la filatelia coincide frecuentemente con la crónica mayor de la historia, ya que los cambios políticos se reflejan inmediatamente en los sellos. Además, el análisis de los sellos es útil para profundizar en el estudio de la propaganda y la influencia social de la imagen. Esto tiene que ver con unas nuevas necesidades históricas que requieren nuevos documentos, la imagen es la representación de una época y nos permite imaginar el pasado de modo más vivo; con toda su complejidad nos remite, en efecto, al universo mental de la sociedad que la produce.¹⁷

La capacidad de repetición del sello, como se ha recordado a menudo, es ciertamente notable, a lo que se añade, además, el que constituya una imagen que tiene una utilidad concreta más allá de su valor publicitario, lo que puede contribuir por otra parte a que el mensaje sea transmitido si se quiere de modo más «sibilino». Lógicamente, aunque posee funciones específicas en el seno de la sociedad, puede ser estudiado en tanto que expresión y condensación de significados¹⁸. Por ello, debemos estudiar el sello sin duda como una parte más del arte totalitario. Hitler y los dirigentes del partido nazi, en este sentido, se dieron cuenta del valor propagandístico que tenía el sello y, así, sirvió numerosas veces para subrayar la

¹⁶ Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 20.

¹⁷ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 11-29. Fernando Arcas Cubero, «La imagen antes de la fotografía: grabado, pintura y caricatura de prensa en el siglo XIX», *Ayer*, n.º 24, 1996, pp. 25-39.

¹⁸ Antonio Ariño, *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad*, Ariel, Barcelona, 1997, p. 54.

potencia nazi y sus plasmaciones¹⁹. Desde principios de siglo, además, los nuevos métodos de impresión y la policromía permitirían una gran variedad de temáticas y composiciones; ello será especialmente visible a partir del nacimiento del llamado sello conmemorativo que se difunde desde finales del siglo XIX.

Durante el franquismo el servicio postal dependería del Ministerio de la Gobernación, a través de la Dirección General de Correos y Telecomunicación. Mediante la ley de 31 de diciembre de 1941 se creaba la Oficina Filatélica del Estado, que tenía entre sus cometidos el de centralizar la producción de sellos. Durante la contienda las emisiones del bando nacional se habían realizado, entre 1936 y 1937, en la firma Altabella de Zaragoza, y el sello conmemorativo, al no poder realizarse estampaciones de calidad en el lado insurrecto, en Suiza; fue allí donde se imprimieron las imágenes de las catedrales, de las fuerzas armadas y del homenaje a la batalla de Lepanto que festejaban el primer aniversario del «Glorioso Alzamiento». Tras el conflicto, las emisiones pasarán a realizarse, previa autorización del Ministerio de Hacienda, en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, cuyos responsables se encargaban de estudiar las propuestas de la Oficina Filatélica. Sumándose a estas entidades, en 1947 la Dirección General de Correos creaba el Negociado del Servicio Filatélico de Correos, que actuaba, al menos teóricamente, como una agencia de venta de sellos seleccionados para colecciones. La disposición de mayor enjundia en lo que a la política filatélica de la dictadura se refiere, en cualquier caso, sería la Orden del Ministerio de Hacienda de 5 de julio de 1944 que establecía el plan iconográfico de los sellos de correos y que suponía la regulación del discurso que se quería transmitir ya que se debían seleccionar siempre aquellas imágenes que «encarnen los valores positivos de la realidad y de la historia patria». Las categorías iconográficas pasarían a ser desde este momento la simbolización del Estado, la soberanía y el Jefe del Estado; la historia de España y las grandes personalidades; la acción española en el mundo; las creaciones españolas; los monumentos; y los paisajes. Se trataba, por consiguiente, de una política postal perfectamente dirigida y planificada.²⁰

¹⁹ *Enciclopedia del sello*, Sarpe, Madrid, 1975, 6 vols., p. 727.

²⁰ Sobre la política postal en España véase, *Enciclopedia del sello*, Sarpe, Madrid, 1975, 6 vols., pp. 551 y ss. A. Bahamonde Magro, «Introducción», en *El franquismo en sellos y billetes*, El Mundo, Madrid, 2006, pp. 113 y ss; e «Introducción», en *La iconografía de la democracia*, Unidad Editorial, Madrid, 2008, pp. 7 y ss.

3. «El sello del Caudillo»

En lo que a la imagen del jefe de Estado se refiere, el generalísimo aparecería reflejado numerosas veces en la filatelia a lo largo de su dictadura (sólo algunos monarcas han sido más representados a lo largo de la historia postal), modificando su imagen al compás de los avatares del régimen y ofreciendo los retratos un testimonio impagable a todos los que se interesan por la historia del cambio de esperanzas, valores o mentalidades²¹. El sello del Estado Español se correspondió a la perfección con la estética franquista, si bien la limitación de espacio no permitía las complejas composiciones inspiradas en el pseudoimperialismo alemán e italiano que se observan en la arquitectura y escultura del régimen. Como soporte de tipo pictórico, el sello de correos se prestaba más al retrato, en el que predominará el recurso al realismo estilizado de C. Sáez de Tejada.²²

La imagen de Franco aparece por primera vez en un sello de correos en 1939, en ella se presenta al personaje junto al escudo de España que utilizaba el régimen en un grabado de J. López Sánchez-Toda. Esta serie conoció nuevas versiones en el mismo año de 1939 y, posteriormente, en 1955. El generalísimo había acumulado en este momento un poder casi omnímodo y se afanaba en llevar a cabo una represión total mientras intentaba dar forma a sus aspiraciones autárquicas. Pese a la profunda fractura de la sociedad española entre vencedores y vencidos, el nuevo Jefe de

²¹ La imagen del dictador en este soporte ha sido analizada por Luis Benito García Álvarez, «El sello del Caudillo. La imagen de Franco en la filatelia española», comunicación al V Encuentro de investigadores del franquismo, Ciudad Real, 2003. Existe publicación, M. Ortiz Heras (coord.), *Memoria e historia del franquismo*, Universidad de Castilla La Mancha, 2005. En cualquier caso, el trabajo se puede consultar en el catálogo de la Biblioteca Virtual Cervantes Para el retrato y la representación de individuos sígase, Peter Burke, «Visto y...», *op. cit.*, pp. 25-41 y 83-97. Las imágenes analizadas se pueden seguir en cualquier catálogo postal, la editorial Edifil, por ejemplo, lo renueva anualmente. En este caso son tomadas de la colección personal de Fernando García.

²² Fue en la arquitectura donde se plasmó con mayor efectividad un programa estético franquista, siendo ejemplo claro el Valle de Los Caídos o el Arco de Triunfo de la Ciudad Universitaria. En escultura destacan las estatuas ecuestres de Franco de Coullaut-Valera o de Viladomat, que se completan con el lema «Héroe Invicto de la Cruzada antimarxista»; en pintura, salvo algunas excepciones como el famoso cuadro de I. Zuloaga, no se produce una estética concreta, excepción hecha del cartelismo. Véase Alexandre Cirici, *La estética del franquismo*, Gustavo Gili, Barcelona, 1977. Gabriel Ureña, *El arte del franquismo*, Cátedra, Madrid, 1981.

Estado sólo era responsable «ante Dios y la Historia»²³. Así, la efigie del generalísimo de perfil, con la mirada perdida en el horizonte, representaba al reconstructor solitario de una España devastada por las hordas rojas. La composición con el escudo, además, le funde inequívocamente con el destino de la patria. Se puede suponer, pues, que se trataba de un intento de concretar lo abstracto en la representación pública de un individuo como encarnación de ideas y valores a través de una personalidad idealizada. Este es el sello que mayor similitud guarda con el que Hitler utilizó habitualmente, aunque el líder nazi aparecía de paisano y el dictador español uniformado.

En 1942 se emite una serie en la que la ideología del régimen se hacía mucho más explícita a través de la representación del «Caudillo». Se trataba de su efigie, tomada de abajo a arriba —con el inequívoco fin de parecer magnánimo— más los cuarteles del escudo nacional y la leyenda «España, una, grande y libre» (lemas de una Falange que, de todos modos, se encontrará poco representada en la filatelia del periodo), que mira con severidad, amenazante y despectivo. Este grabado de C. Delhom volverá a emitirse en 1946 y en 1949 y no es difícil relacionarlo con el discurso de amenaza o reafirmación típicamente fascista, renovado en coyunturas que, como las anteriores, señalaron crisis internacionales o procesos de cambio sensibles dentro de la evolución del régimen.

En este mismo año se emitiría la estampa más significativa, en lo que a contenido simbólico se refiere, de la dictadura. Se trata de aquella en la que se representa a Franco en tres cuartos con manto de armiño —a modo de manto de la coronación con el objetivo de dotarle de una apariencia lo más digna posible— y el Castillo de la Mota al fondo. La imagen del dictador fue tomada del retrato que le realizó J. Francés i Mexía, y debía constituir ésta una representación muy apreciada por el generalísimo, ya que se había hecho fotografiar de idéntica guisa por A. Jalón²⁴. Puede seguirse en este documento visual con gran claridad toda la retórica sobre la unidad nacional y las ansias imperialistas de los regímenes fascistas. En el régimen franquista el recurso a la evocación de los Reyes Católicos,

²³ Para el seguimiento de la evolución del régimen franquista por ejemplo: José Antonio Biescas y Manuel Tuñón de Lara, *España bajo la dictadura franquista (1939-1975)*, Labor, Barcelona, 1980; José María Marín, Carme Molinero y Pere Ysàs, *Historia política de España (1939-2000)*, Itsmo, Madrid, 2001, pp. 17-244; David Ruiz, *La dictadura franquista (1939-1975)*, Naranco, Oviedo, 1978.

²⁴ www.barranque.com/guerracivil/Index.com.

como se verá más adelante, será una constante —basta ver la adopción del símbolo del yugo y las flechas como uno de los distintivos más señalados del régimen—; pero la retórica no sólo se retrotraía al imperio de Isabel y Fernando, sino que, como señala Alberto Reig Tapia: «en sus pretensiones universales de conectar con la antigua tradición imperial, acudía al concepto romano de *pater familias* para realzar aún más la figura de Caudillo de la España nacional»²⁵. El Castillo de la Mota había sido una de las residencias de estos monarcas —en él había fallecido la reina— y durante la dictadura fue la sede de la Escuela de Formación de la Sección Femenina, siendo nombrada Pilar Primo de Rivera condesa del Castillo de la Mota por el propio Jefe de Estado.

Desde 1942, en todo caso, la dictadura iniciaría un proceso de acomodación a la nueva situación internacional, marcada por una cada vez más segura victoria de los aliados. Aunque el periodo que va de 1945 a 1948, de todos modos, supondría el de mayor aislamiento internacional del franquismo: la ONU condena el régimen y en 1946 se produce una retirada masiva de embajadores. En esta coyuntura el «prócer de la patria» emprendería un acelerado proceso de despojo de la emblemología fascista y se iría acercando, con cada vez mayor denuedo, al universo simbólico del catolicismo, quedando relegados los falangistas y la propia organización del movimiento y confirmándose la constitución del Estado en Reino. Se realizaba, en este sentido, un inmenso esfuerzo para que el régimen fuese visto en sus facetas de cristianismo y anticomunismo. En 1945 se aprobaba el fuero de los españoles, largo listado de derechos más nominales que factuales; quedaba derogado el «Saludo Nacional» brazo en alto; y se elaboraba la Ley de Referéndum Nacional. En esta coyuntura, en 1948, aparece el primer sello en el que el caudillo se ve despojado de la anterior retórica, representándose el busto de Franco en semiperfil y con gesto visionario. Una imagen que se puede relacionar fácilmente con la iconografía de la piedad cristiana y que fue tomada de un cuadro de N. Zaragoza existente en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre.

Como es sabido, la Guerra Fría fue la oportunidad esperada para insertar la dictadura española en la órbita de occidente a través de la enconada lucha contra el comunismo. Esta política daría sus frutos cuando en 1950 las Naciones Unidas anulaban las condenas que pesaban sobre el régimen y culminaría con la firma del acuerdo militar hispano-norteameri-

²⁵ Alberto Reig Tapia, *Franco, «Caudillo»...*, p. 147.

cano de 1953 y la del Concordato con el Vaticano, constatándose a continuación el regreso de los embajadores. No deja de ser significativo que en 1955 entrará en servicio la serie con la efigie del Jefe de Estado que, por primera vez, figura de civil, aunque para realizar estos sellos, al parecer, se empleó una fotografía con el uniforme de la Aviación Militar sometida a los oportunos retoques²⁶. Franco aparece en esta ocasión de frente, lo que no deja de restarle aquella tan perseguida otrora magnificencia, y ofrece, en la lógica medida en que le era posible, un gesto amable y paternal. Las variadas coyunturas políticas que atravesó el régimen, por tanto, fueron capaces de afectar no sólo a las representaciones políticas del franquismo en general, sino incluso a las propias imágenes del dictador.

Esta favorable situación para los intereses franquistas se verá trunca, en buena medida, con motivo de las huelgas que sacudieron el país con especial intensidad desde las de 1962, que supusieron el desafío más importante desde el interior al régimen de Franco. El conflicto, unido al «Contubernio de Munich», frustró las aspiraciones europeístas y de legitimación internacional del dictador²⁷. El año 1963 fue también tremendamente conflictivo, siendo la represión gubernamental especialmente violenta y dando lugar a la creación del Tribunal de Orden Público (TOP). Todas estas circunstancias, bien conocidas, coinciden con la reorganización del movimiento obrero que supondrá un constante rompedero de cabeza para las instituciones de la dictadura²⁸. En esta situación de conflictividad aparece el uno de abril de 1964 la serie que conmemora los «XXV años de Paz Española», serie que consta de catorce sellos en los que se proyectaba la solidez y los logros del régimen, como se detallará más adelante, en materia de telecomunicaciones, de construcción, agricultura, transporte o investigación. En el último de los sellos, sin embargo, aparecería la imagen de Franco nuevamente uniformado y visiblemente envejecido, con gesto adusto y mirada amenazante, recordando el mucho trabajo que se había tomado para materializar esos «veinticinco pacíficos años» que ahora se conmemoraban. En este caso, como en general en

²⁶ *Enciclopedia del sello...*, p. 564.

²⁷ Véase Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, TREA, Gijón, 2002; y Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, TREA, Gijón, 2002.

²⁸ Carme Molinero y Pere Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Siglo XXI, Madrid, 1998, pp. 141-158.

buena parte del dispositivo propagandístico del régimen, y en concreto en el ejemplo de la filatelia franquista de la que se está hablando, el procedimiento bien podría vincularse con lo que se ha denominado *senso-propaganda* o propaganda de tipo emocional; aquella que busca más allá del discurso racional impresionar a las masas, atemorizar a los enemigos y despertar la agresividad de los propios partidarios.²⁹

La dictadura había entrado a estas alturas en un proceso de descomposición que alcanzaría su momento crítico en el trienio 1973-1975, periodo en el que se amalgaman la crisis económica derivada de la del petróleo y la crisis política, agravada con la muerte de Carrero Blanco; la conflictividad laboral y el crecimiento de la oposición organizada y de la disidencia, así como las acciones terroristas y la presión internacional. Todo ello condujo a que el poder se recluyese en medidas tremendamente reaccionarias. Será en 1974-1975 cuando el «Caudillo» aparezca por última vez reflejado en un sello de correos, eligiéndose para tal ocasión, curiosamente, la imagen joven, paternalista y desuniformada de 1955, posiblemente para sugerir una imagen de juventud y confianza que casaba bien con las intenciones de un dictador que dejaba todo «atado y bien atado».

4. La Cruzada y el Imperio, «por la gracia de Dios»

El Nuevo Estado estableció desde el principio una palpable división entre vencedores y vencidos, lo que por ejemplo se haría bien tangible en las celebraciones de fechas emblemáticas; y basta para ello recordar los fastos con ocasión de los sucesivos 18 de julio; lo que no dejaba de evidenciar una notable falta de tacto y una incuestionable torpeza. Los sellos conmemorativos en este sentido, aunque no supongan un gran número, son evocadores de una gesta de los vencedores y se sirven para ello del recurso a una estética bien definida; aparatosa, megalómana, exultante y con pretensiones de solemnidad.

Durante la guerra, como es sabido, se pergeñaron la mayor parte de los mitos políticos de la dictadura y el 18 de julio sería presentado como un nuevo resurgir, queriendo hacer ver que un golpe de Estado no era si no un «Alzamiento Nacional». De hecho, muchas de las decisiones de

²⁹ Serge Tchakotine, «El secreto de Hitler. La violencia psíquica», en Miquel de Moragas Spa (ed.), *Sociología...*, pp. 472-495.

mayor calado político se tomaban en esta fecha, y el evento no podía escapar, como era de suponer, de cobrar una dimensión postal. En el primer aniversario del «Alzamiento», así pues, se emitían dos sellos en los que se podía ver en el primero el Alcázar en todo su esplendor antes de la contienda y su estado en ruinas tras el conflicto en el otro. El alcázar constituye, en este sentido, uno de los mitos fundacionales en el imaginario de los franquistas y la leyenda de que rodearon su asedio supuso una de sus narraciones preferidas. En 1937, por su parte, aparecía una serie emitida por la Junta de Defensa Nacional dedicada al desembarco de Algeciras, y al año siguiente una hoja bloque se dedicaba al honor del Ejército y la Marina. Los tonos inequívocamente bélicos de las series no dejaban lugar a dudas en cuanto al discurso conquistador y militarista de que se revistió desde entonces la visión del conflicto civil, tanto como la propia legitimidad del franquismo.

Con idéntica intención se emitía el sello del 18 de julio de 1939, dibujado por Rosario Velasco y grabado por José Luis Sánchez Toda, homenaje al ejército en el que una idealizada figura femenina aparece coronando con laureles a unos soldados durante un desfile. El sello elegido para conmemorar el segundo aniversario, a su vez, representaba una mano fascista, más el yugo y las flechas, laureada a ambos lados, con el añadido de la leyenda «18 de julio España libre».

En 1946 se recordaba por el medio que nos ocupa a dos grandes héroes de la aviación militar franquista, Carlos Haya y Joaquín García Morato. La aeronáutica bélica sería también homenajeada con una serie en 1961. En 1971, continuando con lo referido a las impresiones hechas con tintes marciales, se conmemoraba el cincuenta aniversario de la legión con cuatro valores en los que figuraban el duque de Alba, el Gran Capitán, Alejandro Farnesio y Juan de Austria (si bien se reflejaban los tercios que conformaban el cuerpo no se hacía mención alguna, al igual que sucedió con el resto de compañeros de viaje del caudillo, a su fundador Millán-Astray); y en 1973 se hacía una exaltación del ejército y de los famosos tercios con nuevas emisiones.

No podía dejar de conmemorarse en 1956, claro está, el «XX Aniversario del Alzamiento Nacional», eligiéndose para ello un dibujo alegórico en el que unos soldados, laureados como era costumbre, y vistos desde abajo para revestirlos de un aura de heroicidad, desfilan bajo el escudo nacional al que acompaña una paloma blanca evocadora de una paz marcial. También por estas fechas coincidía el XX aniversario de la exaltación del general Franco a la Jefatura del Estado y se emitía un sello cuyo

motivo fue un monolito conmemorativo. Tal exaltación conocería también una emisión por el XXV aniversario con dos sellos en los que se representaba la catedral de Burgos y el Víctor del generalísimo.

Poco después, el primero de abril de 1959, el jefe del Estado inauguraba el monasterio de la Santa Cruz del Valle de los caídos, ingente obra de «reposo de los héroes de la cruzada»; dicho acto se conmemoraba con su correspondiente sello con una vista general de la construcción. Para conmemorar el «XXV aniversario del Alzamiento Nacional», por su parte, en julio de 1961 se pusieron a la venta y circulación un total de 12 valores con un sistema de realización original y de difícil ejecución que componen una gran colección multicolor. Todos ellos se diseñan con motivos alegóricos que nos remiten a las gestas guerreras y a la magnificencia del régimen. Algunos de ellos contienen, por ejemplo, una figura femenina con palomas, la bandera nacional, una corona de laurel y símbolos fascistas; el paso de África a la Península, la figura de un cruzado con armadura sobre el alcázar; el arco de triunfo; un guerrero a caballo; el busto de un soldado laureado y unos soldados desfilando; y también tres sellos dedicados a la política hidráulica de la dictadura.³⁰

No deja de ser en cierto sentido paradójico, por último, que en 1966 se recordase el VI centenario de la fundación de Gernica con tres sellos en los que aparecían la Iglesia de Lumo, el escudo municipal y el famoso árbol ante un templete.

Al margen ya de las veleidades belicistas, el régimen llevó a cabo de modo sistemático una reconstrucción en clave providencial de la historia de España a través de personajes como el Cid, los Reyes Católicos —pareja que conocería 47 emisiones entre 1937 y 1953—, Ignacio de Loyola o los forjadores de América —nombre de un grupo de emisiones filatélicas del periodo, por cierto—, o Gonzalo de Córdoba el «Gran Capitán»; considerado una de las personalidades más representativas de la «raza hispánica» y cuyo sello conmemorativo se emitía en 1956. Se evocaba a través de estas imágenes, en suma, el ser el español uno de los pueblos más antiguos del viejo continente, uno de los primeros Estados modernos y el primer imperio de la Edad Moderna, en cuyos dominios no llegaba a ponerse el sol; además de potenciarse la idea de unidad nacional. De ahí que no fuesen extraños los intentos de elevar a la santidad a Isa-

³⁰ Alberto Reig Tapia, «La cruzada...», *op. cit., passim*; «Enciclopedia del sello...», *op. cit.*, vol. III, *passim*.

bel de Castilla; figura eminentemente contraria a un pasado inmediato de decadencia al representar los momentos gloriosos en los que se había forjado la nación. Los Reyes Católicos, en efecto, representaban la unión y los Austrias, sobre todo los mayores, el Imperio; de ahí que el siglo XVIII, como débil paso de la nación a la modernidad, sea prácticamente ignorado —un solitario Jovellanos, revisado y revalorizado por la cultura oficial, aparece en un sello de 1965³¹—, así como la tradición reformista perseguida por la Contrarreforma por medio de la Inquisición. De hecho, el comienzo del régimen dictatorial era asimilado al del de los Reyes Católicos ya que, en palabras, por ejemplo, del jesuita Félix G. Olmedo a la altura de 1938 representaba, entre muchas otras cosas, el mismo sentimiento religioso, la misma idea de «justicia social cristiana a la española», el mismo sentimiento providencialista de la guerra, el mismo amor a España, la misma fe en nuestros destinos históricos y en nuestra misión civilizadora o los mismos emblemas de la España imperial. Todo ello hacía que el nacional-catolicismo tuviese raíces tan profundas en la historia nacional, especialmente en los Siglos de Oro, a cuyos escritores se les dedicaba la primera serie de literatos en 1950, figurando en ella Calderón, Lope, Tirso y Ruíz de Alarcón, y la Contrarreforma; viniendo las diferentes herejías extranjeras como el protestantismo, el liberalismo y el socialismo a pervertir la gloria del imperio. Como apunta Giuliana di Febo, esta legitimación responde a lo que se podría definir como una «tradición inventada» en sentido hobsbawniano que procede de una lectura «providencial» de ciertos acontecimientos históricos que vengan a refrendar una continuidad entre aquel pasado glorioso, representado por Isabel y Fernando, y por Carlos I y Felipe II (de hecho se margina a los borbones), y la nueva realidad presente³².

El imperio español, como es evidente, se debía esencialmente al Descubrimiento y al desarrollo de la hispanidad en América, lo que contempla tanto el fenómeno de la conquista, como la colonización y admi-

³¹ El caso de Jovellanos en Jorge Uría, *Cultura oficial e ideología en la Asturias franquista: el I.D.E.A.*, Universidad de Oviedo, 1984, pp. 158 y ss.

³² Alberto Reig Tapia, «La cruzada...», *op. cit.*, pp. 120-131; Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruíz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Síntesis, Madrid, 2001, p. 119; Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*, Crítica, Barcelona, pp. 236 y ss. y 330 y ss.; Giuliana Di Febo, «La cuna, la cruz y la bandera. Primer franquismo y modelos de mujer», en Isabel Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina IV. Del siglo xx a los umbrales del siglo xxi*, Cátedra, Madrid, 2006, p. 219.

nistración de los nuevos territorios y las transferencias culturales, sobre todo, la evangelización. Todo ello quedaría plasmado en el universo postal a través de las series «Forjadores de América», que recogía principalmente a conquistadores, exploradores y gobernantes, y la dedicada a «La Hispanidad». La primera emisión de los forjadores se iniciaba en 1960 y, hasta 1970, se emitirían 70 valores. Los primeros sellos conmemoraban el IV Centenario del descubrimiento de La Florida, lo que suponía la primera presencia europea en lo que sería posteriormente un territorio de los futuros EEUU y, a la sazón, un mismo sello fue emitido conjuntamente por la administración norteamericana, y la española, corriendo el diseño a cargo de los primeros. Las estampas recogen para tal ocasión a Juan Ponce de León, descubridor de aquellas latitudes, a los exploradores Hernando de Soto y Cabeza de Vaca y al gobernador Menéndez de Avilés. La colección de la Hispanidad, a su vez, se inicia en 1972 con cuatro valores dedicados a Puerto Rico.

Como anticipo, ya en 1955 había aparecido un interesante sello donde un aeroplano *Super Constellation* —por entonces última maravilla de la tecnología aeronáutica y, por cierto, transporte oficial del presidente Eisenhower— y la Nao Santa María —la nave del almirante Colón, en la «Empresa del Descubrimiento»—, se superponen en el dibujo, pudiendo dar a entender que la realidad de la dimensión transoceánica —y quizás se pudiese ir aún más allá en esta interpretación— se había iniciado con la gesta colombina.

Por estas fechas, además, el buque Ciudad de Toledo, perteneciente a la compañía Transmediterránea, se convertiría durante varios meses en una exposición flotante que llevó a los países americanos cuanto entonces significaba el potencial económico nacional, siendo su viaje de buena voluntad definido como un «periplo lleno de triunfos y agasajos».³³

En 1964, a mayor abundancia, una serie recogía los retratos de Diego de Almagro, Francisco de Toledo, Santo Toribio de Mogrovejo y Francisco Pizarro; siendo al año siguiente las personalidades seleccionadas el Padre José de Anchieta, Fadrique de Toledo, Francisco de Orellana y San Luis Beltrán. En este mismo año se conmemoraba también el IV centenario de la Fundación de San Agustín en Florida y de la evangelización de Filipinas. Para recordar el primer evento se eligió la figura de Menéndez de Avilés, fundador de San Agustín; para ilustrar la evangelización del ar-

³³ «Enciclopedia del sello...», *op. cit.*, p. 563.

chipiélago, por su parte, se escogió a Pedro Andrés de Urdaneta, religioso y marino vasco descubridor de la ruta entre Manila y Acapulco («el tornaviaje») en 1565; y a la virgen marinera de Antipolo.

La serie forjadores de 1966 se dedicaba al Virreinato del Perú, siendo el motivo principal elegido el dibujo de un *chasqui*, correo incaico que alcanzó una organización tan perfeccionada que fue mantenida durante el dominio español y aún pervivió hasta finales del siglo XIX. Esta VII serie recogía además a Antonio de Mendoza, una alegoría de la doctrina cristiana, a José A. Manso, la Ceca de Lima, a Manuel de Castro y Padilla, el Convento de Ouro y Manuel de Amat y Junyent. Al año siguiente la colección se dedicó a los EEUU, siendo los motivos seleccionados Juan Francisco de la Bodega, las costas de Nutka, Esteban José Martínez, la costa septentrional de California, Francisco Antonio Mourelle, una vista de Nutka, Cayetano Valdés y San Elías en Alaska, con lo que se celebraba la presencia española en Norteamérica. El país elegido para el año 1968 sería Venezuela, representando las emisiones un plano de las misiones del Orinoco, a Diego de Losada, el escudo de los Losada y un plano de Santiago de León de Caracas. Y en 1969 le llegaría el turno a Chile, emitiéndose también estos valores en aquel país y plasmándose en ellos a Ambrosio O'Higgins, a Pedro de Valdivia, el convento de Santo Domingo, la Casa de la Moneda y el puente de Cal y Canto sobre el río Machopo. Por último, en 1970, la serie pondría sus ojos en México apareciendo en ella la casa de los señores de Escala, la catedral de México, Vasco de Quiroga, Fray Juan de Zumárraga y la catedral de Morella. En 1969, además, se había conmemorado el III centenario de la fundación de San Diego (California) y la imagen filatélica seleccionada para ilustrar tal circunstancia fue la de un cura alfabetizando a un niño nativo dando cuenta de la importancia de la enseñanza franciscana en la evangelización civilizadora de aquel pueblo.

En relación a la «Hispanidad», no serían las personalidades americanas las únicas que se imprimiese, ya que también conocerían la posteridad postal las figuras de otros conquistadores. Tal sería el caso, por ejemplo, del explorador Juan de Bethencourt, quien «convirtió» Canarias para la Corona de Castilla. Y cuando en 1955 se cumplía el centenario de la prefectura Apostólica de Fernando Poo se emitía, como símbolo del triunfo de la evangelización, un sello que contenía la imagen de un sacerdote negro.

Toda esta grandilocuencia y búsqueda afanosa de legitimidad y brillo nacional en el pasado, en definitiva, tendría sus antecedentes inmediatos

en la «Reconquista» y, de modo especial, en el Cid Campeador quien, al igual que el caudillo, había sido uno de los artífices de la reconstrucción de España. El personaje era frecuentemente homenajeado por los sectores próximos al nacionalismo más extremo y sobre su figura se organizaban diversos actos entre los que se contaban majestuosos ciclos de conferencias³⁴. Presente en la filatelia franquista desde sus inicios, su imagen sería la elegida para el sello pro víctimas de la guerra de 1949. En 1961 aparece representado su busto de modo heroico y al año siguiente se le dedica una serie de cuatro sellos. Se apelaba a los tiempos medievales, cómo no, en beneficio propio, oponiéndolo al Estado liberal que encarnaba la República. Se hacía necesario relegar todo aquello que pudiese oponerse al Nuevo Estado. Junto al Cid, destaca la figura de Isabel la Católica; y ambos serían elegidos de modo nada inocente ya que, para quienes se hallaban en el poder, su tiempo era un momento de lucha por la unidad del país; y si el primero representaba al combatiente desinteresado, al hombre arrojado defensor a ultranza de sus ideales y de su lucha contra el infiel, la segunda fue la mujer que consiguió la unidad del territorio nacional. A ellos se sumaría finalmente Fernando de Aragón, ya en 1938.

En 1951, en relación con lo anterior, se conmemoraba el V Centenario del nacimiento de Isabel de Castilla, emitiéndose para ello una serie de 10 unidades; 5 para correo ordinario y otras tantas para el aéreo. En éstos últimos, en un segundo plano, figura la escena de la rendición de Granada. Al año siguiente se hacía lo propio con Fernando, realizándose la misma combinación. En 1958, por su parte, se recordaba el IV Centenario de la muerte de Carlos I; mientras que Felipe II aparecía con motivo de la serie dedicada al IV Centenario de la capitalidad de Madrid. Se lograba así, con las figuras de los austrias mayores, poner en primer término los emblemas de los esplendores imperiales españoles.

Esta retórica, como bien puede verse, pretendía enraizarse en las esencias más puras de la patria, por lo que no podía por menos que asentarse en Castilla, marginando de paso las periferias. La evocación del campo castellano, en efecto, se convertiría en el referente en cuanto a valores como el sacrificio, la abnegación, la fe o la familia tradicional se refiere; oponiéndose a una ciudad degenerada, discurso que por otra parte dejaría de ser operativo en los años sesenta cuando se constata un éxodo masivo. En 1944, a la sazón, aparecía una serie conmemorativa dedicada al Mile-

³⁴ *El Correo Catalán*, 30-VIII-1939.

nario de Castilla y en sus sellos se recogían, además de un homenaje a las diferentes provincias, la gesta de Fernán González, personaje que volvería a cobrar protagonismo postal en 1972.

4.1. *La religión católica en la filatelia*

La dictadura promovió, en fin, una simbología palpable en todos los ámbitos, en la que se subrayaba su particular búsqueda de la hispanidad católica; y el catolicismo se convirtió en el pegamento que logró aglutinar a todo los sectores sublevados, especialmente a la hora de presentar un golpe de Estado como una cruzada religiosa protectora de la civilización cristiana contra la «barbarie roja». La Iglesia bendijo la «heroica gesta» y se convirtió en un poderoso agente socializador, silenciando en la mayor parte de los casos la terrible represión, a la vez que santificaba el inmovilismo y la reacción. La propia jerarquía eclesiástica identificó, desde un primer momento, el conflicto con una cruzada medieval que luchaba por la fe de Cristo al grito de ¡Dios lo quiere! y ¡Santiago y cierra España! No en vano Franco —genio providencial— sería nombrado Caudillo, «gran cruzado católico» enviado por Dios. Se pergeñó un discurso en el que se relacionaba el mito fundacional de Covadonga, con las andanzas de El Cid y con el epílogo de la batalla de Lepanto, cuando «Europa pudo sentirse definitivamente libre del la barbarie mahometana y asiática», y a la que ya en 1938 se dedicaban dos valores que representaban a Juan de Austria y la propia gesta. En 1971 se conmemoraba el IV Centenario del suceso, momento crucial de la historia de Europa, y estas emisiones se sumaban al gran número de actos conmemorativos celebrados a lo largo de todo el territorio español. Toda la historia de España, así pues, había sido una cruzada y, como recordaba el laureado vate J. M.^a Pemán, la misión de la patria había sido siempre la de redimir al mundo civilizado de todos sus peligros, expulsar moros, detener turcos o bautizar indios.

A la construcción del gran mito de la Cruzada de 1936 contribuyó decisivamente la jerarquía eclesiástica identificando la sublevación con una campaña de liberación contra ateos e impíos; siendo éste el mito más persistente del franquismo y del que en no poca medida acabaron derivándose buena parte de los demás (liderazgo carismático, unidad de la patria, raza inmortal...). Tales circunstancias no podían por más que dejarse rastrear en el mundo postal, y los valores dedicados a la religión por la filatelia patria superarían los 300 a lo largo del periodo.

La «guerra-cruzada» dio lugar a una homologación de consignas frente al enemigo basadas en la «recristianización», en la «regeneración nacional» y en la restauración del sentido cristiano de la familia, tras la pérdida de valores que había supuesto la República. El recurso al santoral como estrategia legitimadora permitiría además equiparar a tipos humanos prototípicos del régimen con destacadas vidas santificadamente piadosas. Por ejemplo el «ciudadano soldado» tendría como referente a un Ignacio de Loyola fuertemente militarizado; no en vano era considerado, dada su anterior condición castrense, el santo que llevó a la Iglesia la idea de milicia, uniendo así a Cristo y la espada. El fundador de los jesuitas sería representado, en lógica consecuencia, en 1955. El modelo de mujer se correspondería, por su parte, con Santa Teresa de Jesús; o con la ya aludida Isabel la Católica, la «reina santa». En 1962, de este modo, se dedicaban unas emisiones al IV Centenario de la Reforma Teresiana cuyos tres motivos serían el monasterio de San José de Ávila más las representaciones de la Santa por Bernini y Velázquez. La santa aparecerá nuevamente en 1971 en una serie dedicada a centenarios de celebridades.

La imaginaria cristiana, en todo caso, se manifestaría con claridad con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico de Barcelona de 1952 —cuyo himno oficial sería compuesto por el omnipresente Pemán—, que llenaba la ciudad de altavoces y arquitecturas efímeras —aunque ya despojadas de símbolos fascistas—³⁵. Tales fastos se hallaban orientados en buena parte a cimentar la imagen de España como reserva espiritual de occidente. Los motivos elegidos por las autoridades filatélicas para conmemorar tal evento fueron el retrato de Santa Micaela, fundadora de las adoratrices y de diversos centros de «reeducación «de prostitutas, y *La Eucaristía de Tiépolo*.

No era de extrañar, a la vista de lo antedicho, que hubiese quien atribuyera la victoria a la protección del apóstol Santiago, a la de Santa Teresa de Jesús o a la de la Virgen del Pilar; interpretación que gozó de gran aceptación durante toda la contienda, y que perviviría aún durante toda la dictadura. De hecho, cuando la mano de la santa le fue entregada a Franco

³⁵ Julián Casanova, «La Iglesia...», *op. cit.*, pp. 16-19, 49 y ss., 78 y ss., y 236 y ss.; P. Preston, *Franco. «Caudillo de España»*, Grijalbo, Barcelona, 2002, pp. 219-220; A. Botti, *Cielo y dinero. El nacional-catolicismo en España (1881-1975)*, Alianza, Madrid, 1992, pp. 89 y ss.; Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, «La España de Franco...», *op. cit.*, pp. 30, 35, 70, 201 y 237; Alberto Reig Tapia, «La España de Franco...», *op. cit.*, pp. 117 y ss.; Giuliana di Febo, «La cuna...», *op. cit.*, pp. 220-221.

éste se sentiría desde entonces protegido por la «Santa de la Raza», permaneciendo tan sacro conjunto de falanges al lado del caudillo durante todo su dilatado mandato. Una emisión de 1940 conmemoraba, a su vez, el XIX centenario de la aparición de la virgen maña con 15 valores para correo ordinario y 10 para aéreo; lo que se aprovechaba para relacionar tal revelación con el sufrimiento de la población de Belchite ante la ofensiva republicana por medio de una estampa en la que se presentaba a los vecinos rezando a la virgen durante un bombardeo. Se ilustraba también el juramento de los sitiados en 1808, que servía para poner en relación contienda y lucha contra un invasor. La virginal devoción, con todo, no cejaría; y en 1954 por ejemplo se festejaba el Año Mariano con una serie en la que aparecían las más importantes advocaciones del país, entre ellas la «Santina» de Covadonga, Nuestra Señora del Pilar, Ntra. Sra. de Montserrat o Ntra. Sra. de África.

La protección del apóstol, por su parte, se hacía tanto más comprensible en tanto que Santiago era «Matamoros»; es decir, el vencedor sobre el infiel en la «Reconquista». Ésta figura ocupa un lugar especial en la tradición religiosa española y en el culto popular y al grito de ¡Santiago y cierra España! se había forjado, de acuerdo con esta versión de la formación del país, la gran nación española frente a los musulmanes. Durante el periodo no es de extrañar, pues, que se relanzase con fuerza el mito en su dimensión religiosa y patriótica. Bajo su protección, la España cristiana no hallaría gran dificultad para derrotar a los «sarracenos». La ceremonia de ofrenda al apóstol, creada a mediados del siglo XVII y suspendida en 1931, fue restablecida con premura por decreto ley en 1937, y en fecha tan temprana como agosto de ese mismo año se le dedicaba una serie dedicada al Año Santo Compostelano, representando sus tres valores la estatua del apóstol, una vista general de la catedral y el Pórtico de la Gloria. En 1943 se imprimía el famoso botafumeiro; y en 1944, 1954, 1964 y 1965 se repetía la conmemoración. En 1971, además, se aprovechaba la emisión para «recordar» la importancia de la devoción jacobea por toda Europa.

Esta «segunda Reconquista» se reflejaba también en ceremonias medievalizantes como la que tuvo lugar en la iglesia de Santa Bárbara para celebrar la victoria, y a la que se habían llevado desde Oviedo las reliquias de Pelayo; y donde el *caudillo-rey* depositaba su espada a los pies del Santo Cristo de Lepanto, reafirmandose una vez más la alianza entre la cruz y la espada. Si en la primera reconquista la protección había sido de la virgen de Covadonga contra los moros, en la segunda había sido de la Señora de África contra los comunistas. La reinterpretación de la his-

toria de España, pues, se hizo en clave metódicamente católica³⁶. En este sentido, y viniendo a confirmar la antigüedad de la nación, en 1961 se conmemoraba en una serie el XII centenario de la fundación de Oviedo. En los seis sellos figuraban la iglesia de Santa María del Naranco, los monarcas asturianos Fruela I, Alfonso II y Alfonso III, la Cruz de los Ángeles y San Pedro y San Pablo, difusores del cristianismo. En 1964, en relación con ello, se festejaba el VII centenario de la Reconquista de Jerez, lo que se ilustra con la imagen de la virgen del Alcázar.

De entre el resto de motivos filatélicos píos destacan, por mencionar algunos, las series navideñas, que a partir de 1971 representan temas regionales; o los misterios del Rosario, de los que en 1962 se emitieron 15 valores de gran calidad técnica. Se representarían también personajes relacionados con la defensa del cristianismo como el religioso y filósofo Ramón Llull, el impulsor del seminario de teólogos cardenal Carlos Belluga y Moncada, el fundador de la Universidad Complutense Ximenez de Cisneros o Recaredo I, el rey visigodo convertidor del país al cristianismo. Estos dos últimos figurarían por «especial insinuación» del Caudillo, que gustaba de que en los sellos figurasen personajes que hubiesen luchado denodadamente por la unidad del país³⁷. Otros santos y temas religiosos ilustrados serían San Juan de la Cruz; el VI Centenario de la Orden de San Jerónimo; San Antonio María Claret; San Ildefonso, San José de Calasanz, santo que en el siglo XVI había planteado el problema de la educación popular y gratuita y del que en 1967 se celebraba en II Centenario de su canonización; el IV Centenario de la muerte de San Francisco Javier; el II Concilio Ecuménico Vaticano II; o el XIX Centenario de la Venida de San Pablo a España, reproduciendo el cuadro de El Greco. La densidad de la iconografía nacional-católica, en suma, sugiere el destacado papel que se le otorgó a este componente ideológico en los fundamentos del franquismo.

³⁶ Giuliana di Febo, *La santa de la raza. Teresa de Ávila: un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, Icaria, Barcelona, pp. 63 y ss. Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, «La España franquista...», *op. cit.*, pp. 16-19.

³⁷ «Enciclopedia del sello...», *op. cit.*, pp. 578-579.

5. La proyección exterior

Aunque el régimen mantuvo su naturaleza dictatorial y represiva a lo largo de toda su trayectoria, desarrollaría sin embargo una estrategia de «inmovilismo adaptativo» —u oportunista— con la que, sobre todo a partir de 1945, intentaría perpetuarse a través de la realización de algunos cambios que podrían ser definidos como poco más que cosméticos. En el plano de la política exterior, en efecto, en el que el aislamiento llegaría a ser considerado como el factor condicionante de la dictadura, fueron detectables ciertos movimientos desde que se apreciaron los primeros síntomas de derrocamiento de las potencias fascistas —cuyo apoyo había lastrado la capacidad de maniobra de la diplomacia franquista— y que iban encaminados a llevar a cabo un acercamiento al bloque aliado. En el hecho de que la dictadura fuese tolerada en la escena internacional, en cualquier caso, jugaría un destacado papel la posición geoestratégica privilegiada del país que, como es obvio, mantenía pese a su total aislamiento exterior desde 1946 y a su marginación respecto a la ayuda económica norteamericana. En este sentido, el radicalismo discursivo, especialmente en aspectos como el iberismo y sobre todo el hispanoamericanismo —lo que conduciría *a posteriori* a la deslegitimación de Serrano Suñer—, había ocasionado un profundo malestar en aquellas latitudes y provocado una rápida y contundente respuesta del gran aparato de propaganda estadounidense.³⁸

De ahí la orientación a una autopresentación como régimen moderado, anticomunista, católico y neutral con la que se intentaba salir del atolladero del aislacionismo. Esta tarjeta de visita daría sus frutos cuando en 1953 se firmasen los acuerdos con los Estados Unidos —con lo que se demostraba de paso hasta que punto se hallaba vacío de contenido el discurso nacionalista— que venía a suponer el reconocimiento internacional del régimen y el principio de su integración en los organismos internacionales, cuya culminación llegaría con el ingreso en la ONU en 1955, alcanzándose así una tolerancia que no le había supuesto adoptar ningún

³⁸ F. Portero y R. Pardo, «Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo», en *Ayer*, n.º 33, 1999, pp. 187-219; G. Sánchez Recio, «Inmovilismo y adaptación política del régimen franquista», en R. Moreno Fonseret y F. Sevillano Calero (eds.), *El Franquismo. Visiones y balances*, Universidad de Alicante, 1999, pp. 27-43; y el trabajo en el mismo volumen de R. M.^a Pardo Sanz, «La política exterior del franquismo: aislamiento y alineación interior», pp. 102 y ss.

cambio de tipo sustancial y, además, le sirvió de importantísimo reclamo propagandístico de legitimación. En todo este proceso se beneficiaría, como es de suponer, de la escalada de tensión con la URSS. No cabe duda de que Franco estaba dispuesto a ceder la soberanía de su política exterior y de defensa en pago de la ayuda militar y económica que le permitiese perpetuarse en el poder³⁹. Todas estas circunstancias se materializarían en el campo de la filatelia cuando en 1956 se emitía un sello benéfico a favor de los niños húngaros tras la intervención soviética en aquel país. En su política de proyección exterior, además, las autoridades postales franquistas presentaban en 1964 una serie filatélica cuyos motivos serían nada menos que las corridas de toros, la bailaora Carmen Amaya, el castillo de la Mota y el juego de pelota vasca; no sería fácil, seguramente, el introducir mayor número de tópicos en tan solo cuatro valores.

A las relaciones con la nueva superpotencia se vendrá a sumar la rubrica del Concordato, que reafirmaba la confesionalidad del Estado, la mejora de las relaciones con Francia y Gran Bretaña (pese al cierre de la «verja» que llevaría a la emisión en 1969 de un sello «pro trabajadores españoles de Gibraltar») y finalmente, tras el ingreso en la ONU, el apoyo norteamericano a la hora de lograr el ingreso en el FMI, el Banco Mundial y la OCDE, amén del asesoramiento para que se produjese el cambio económico. La reinsertión en el contexto de las relaciones internacionales fue acompañada, sin embargo, de serias limitaciones, plasmadas por ejemplo en los conflictos con Marruecos o la crisis de Suez. Este cínico aperturismo daría lugar, no obstante, y en lo que a nuestros intereses se refiere, a una serie postal dedicada al Año Internacional de los Derechos Humanos y a otra para el XX Aniversario de los Derechos del Hombre a finales de la década de los sesenta. Se celebraría a su vez el XXV Aniversario de la ONU, y aprovechándose la circunstancia de que también era el aniversario de UNICEF se diseñaba una estampa infantil convenientemente étnica en la que destaca el tipismo del gorro del niño chino y del peruano, amén que los acentuados rasgos faciales propios del dibujo infantil. Se emitiría además un sello para contribuir a la campaña contra el paludismo y en 1963 se distribuía el correspondiente a la Campaña contra el Hambre, en el que rezaba el lema en latín: «El pan nuestro de cada día dánoslo hoy».

³⁹ D. Smyth, «Franco y los aliados en la Segunda Guerra Mundial», y B. N. Liedtke, «España y EEUU (1945-1957)», en S. Bafour y P. Preston (eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 142-161; R. M.^a Pardo Sanz, «La política...», *op. cit.*, pp. 93 y ss. y 179 y ss.

La ONU, en efecto, recomendaba a los Estados miembros que promoviesen sus campañas, y el español, sin sonrojarse, emitía sellos como los ya mencionados o como los dos que, en 1961, se dedicaban al Año Mundial de Refugiado.

Sería a partir de este momento cuando se activará una decidida política de acercamiento a Europa —procurando siempre, eso sí, mantener en un lugar preferente la relación con «el amigo americano»— que pasaba por limar, en el sentido cosmético al que anteriormente se ha aludido, las aristas más totalitarias del franquismo. En 1960 aparece la primera emisión de la serie denominada «Europa», a través de la que se pretendía fomentar la «idea de unidad europea», contemplándose para su aparición una periodicidad anual —ya en 1958 se había dedicado un sello a la Exposición Internacional de Bruselas—. La liberación económica permitió la entrada de capitales extranjeros al tiempo que la normalización de la divisa al devaluar la peseta facilitaba el establecimiento de un comercio más racionalizado. Pese a que el alcance de estas medidas no dejó de ser limitado, se consiguieron mejorar las relaciones con las potencias europeas, especialmente con Francia, llegándose a la firma de acuerdos comerciales y a recibir apoyo diplomático en ciertos foros, amén de ayuda en los asuntos de Marruecos y Argelia. Pese a todo, se hacía evidente la necesidad de reaccionar ante el proceso de integración económica europea y, a la vista de las expectativas abiertas, en febrero de 1962 se intentaba abrir una negociación con el Mercado Común con vistas a una posible asociación que supusiese el primer peldaño a la plena integración española. Tales perspectivas se verían frustradas debido a factores tales como la oposición de amplios sectores democristianos y socialistas europeos y, ante todo, al contubernio de Munich, a los movimientos huelguísticos que se habían exacerbado desde 1962, como ya se indicó, y la represión a la que habían sido sometidos o la ejecución de Grimau. La petición se repitió de modo infructuoso nuevamente en 1964 y, en 1967 se abrió una negociación que desembocaría en el Acuerdo Comercial Preferencial de 1970.

La imagen elegida para ilustrar el sello de 1960, en este contexto, fue una rueda de 19 radios que representaba a los Estados miembros de la CEPT. En 1961 el motivo escogido sería una alegórica paloma en vuelo cuya figura se encuentra conformada por otras palomas de igual forma y menor tamaño. Para 1962 una abeja tejiendo su panal ejemplificaba una construcción europea a la que España estaba dispuesta a contribuir decisivamente. En 1965 se escogió a San Benito, declarado patrón del continente. Unos engranajes que venían a metaforizar el aquilatado funciona-

miento del continente serían el motivo seleccionado en el sello de 1967. Al año siguiente una llave, y la leyenda «Europa», venían a hacer lo propio para un país que llamaba a sus puertas. Otros sellos serían la alegoría del rapto de Europa, *Nuestra señora de Europa*, de Angulo, o la palabra Europa formando las columnas de un templo. Otra serie exaltadora en esta línea sería la dedicada a Europa y la Cruz Roja.

Hasta el ocaso de la dictadura, y ya en pleno proceso de decrepitud ésta, se podría hablar de continuismo en el plano de la política internacional. Por orden directa del Caudillo se prorrogarían los acuerdos hispano-norteamericanos, con el telón de fondo de la Marcha Verde y la ruptura de la negociación con la CEE como represalia por las últimas penas de muerte ejecutadas por el régimen.⁴⁰

En la última etapa de la dictadura, en cualquier caso, el paso del discurso fascista y antipolítico en los sesenta se acompañaría de otros fenómenos como el desarrollo de la sociedad de consumo; poniéndose fin a la penuria de las décadas anteriores se buscaba lograr lo que tanto tiempo había estado fuera del alcance de los españoles (el piso, el coche, los electrodomésticos, nuevas formas de sociabilidad como el guateque y otros aspectos de la cultura anglosajona). Todo ello se debió en gran medida a la emigración —exterior e interior—, al desarrollo del turismo y la eclosión de los medios de masas; lo que acarreó un cambio de las perspectivas vitales, y la apertura a unos niveles de consumo que se presentaban como un sustituto o sucedáneo de la democracia, al tiempo que se potenciaba lo que podía considerarse una cultura de clase media que, siguiendo la misma lógica, podía contribuir a disolver una identidad obrera cada vez más cuajada.

En toda esta deriva, una de las tareas en las que más se afanaría el nuevo ministro Manuel Fraga sería la de redefinir la imagen exterior del país y borrar todo atisbo de leyenda negra. De ahí el conocido lema turístico *Spain is different*. Al benéfico clima y la baratura de los servicios se unía como reclamo publicitario el aura romántica de que España gozaba en Europa. No se evitaría, además, fomentar el recurso a los tópicos más manidos de la España de «charanga y pandereta», ofreciendo toros —en 1960 aparecía la serie «toros», a la vez que también se dedicarían sellos aislados a la tauromaquia—, flamenco y, ahora, sol y playa, lo que aca-

⁴⁰ A. Moreno Juste, *Franquismo y construcción europea*, Tecnos, Madrid, 1998; R. Bassols, *España en Europa. Historia de la adhesión a la CEE (1957-1985)*, Estudios de Política Exterior, Madrid, 1995.

rearía una transformación impresionante de la costa. Y será por estos años cuando se inicie la serie turística, siendo ya éste un fenómeno plenamente consolidado, sobre todo en el Mediterráneo. Se emitiría también la serie «Monumentos de España», ya que se estaba procediendo, en consecuencia, a la recuperación de monumentos semiabandonados con el fin de mejorar la oferta de patrimonio tradicional como sucedía, por ejemplo, con el Escorial; otras series se dedicaban entretanto a los castillos patrios, a los monumentos romanos, al arte rupestre, o a una redefinida Semana Santa. Con la finalidad de potenciar estos atractivos, en efecto, se falsearon las celebraciones y los cantos y bailes tradicionales a fin de ofrecer un tipismo artificial con fines mercantiles, tal y como sucedió con el flamenco⁴¹, la filatelia se insertaba ahora, pues, en dispositivos de promoción económica del turismo más amplios. Ese tipismo estereotipado es perfectamente observable, por otra parte, en series como la que desde 1964 se dedicó a los trajes regionales.

El régimen se beneficiaría para lograr su supervivencia, por consiguiente, del despegue económico de los años sesenta, consolidándose el proceso coincidiendo más o menos con los XXV Años de Paz, en lo que fue una campaña monumental de una nueva retórica tecnócrata obsesionada por presentar una España exenta por completo de tensiones y conflictos. Para llevarla a cabo se pondría en marcha una impresionante campaña propagandística en la que no se dudaba en destacar el carácter providencial de la jefatura del general Franco. Se perseguía, en definitiva, ofrecer la imagen no de un régimen totalitario, sino de un Estado de orden, garante del crecimiento y del bienestar del pueblo. Todo ello se vocearía a los cuatro vientos aprovechándose para ello de las posibilidades que ofrecían unos ya bastante difundidos medios de masas. Se intentaba en esta campaña «santificar» todas las realizaciones del régimen, aunque este tipo de mensajes no acabaría de cuajar totalmente entre los jerarcas franquistas; en el sello con la imagen de Franco de la serie conmemorativa el mensaje del miedo, como se ha indicado en su momento, continuaría estando presente. Todo este dispositivo se había erigido para justificar la continuidad de la dictadura, lo que no dejaría de reflejarse en las tres series en las que se plasman los avances del momento en materia de telecomunicaciones, desarrollo agrícola, repoblación forestal, construcción de

⁴¹ Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, «La España franquista...», *op. cit.*, *passim*. Fernando de Terán, *Historia del urbanismo en España III (siglos XIX y XX)*, Cátedra, Madrid, 1999, pp. 249 y ss.

nuevos poblados y núcleos urbanos; desarrollo de la producción y auge de la construcción, sustentadora del «Milagro español» los transportes, la electrificación del país, el turismo (verdadero responsable del auge económico), el regadío y obras públicas más asociadas al dictador: los pantanos; y finalmente una alegoría, como no podía ser de otro modo, de la investigación.

6. Conclusiones

Se trata, pues, y como se ha detallado a lo largo de estas páginas, de una filatelia falseadora, aduladora y exaltadora que excluye cualquier referencia a valores o personajes de la tradición liberal o democrática del país y que hará referencia constante a los principios reaccionarios en que se fundamentaba el régimen; lo que no sería óbice, sin embargo, para procurarse su supervivencia recurriendo a tácticas laudatorias respecto al viejo continente y, sobre todo, al amigo americano. El interés adicional que presentan los iconos filatélicos con respecto a otra documentación propagandística es, tal vez, su forzada condensación en unas pocas imágenes —frente a la variedad icnográfica del formato periodístico o el televisivo— que luego son difundidas por una reproducción masiva; y cuyo mensaje puede llegar a impactar, dado el carácter útil del objeto, hasta cierto punto de modo subliminal. En otras palabras, su forzada estilización iconológica supone acceder a representaciones que, dado que son elaboradas con intenciones de control político, hay que entender que concretan en series reducidas de símbolos lo que bien pudiera interpretarse como formas significativas de la *sustancia* del régimen. El resultado no deja de ser interesante, unos materiales tan cotidianos y aparentemente banales como los sellos representan los principales valores de la dictadura; a la vez que, en ocasiones, lejos de la vistosidad de los actos oficiales o de los gestos diplomáticos, mantienen una realidad del franquismo mucho más abrupta y bastante menos sutil que las complejas tipologías y periodos en los que se ha escalonado desde la historiografía política la evolución del periodo.

Apéndice de imágenes

